

Entre el cúmulo de ideas que le asaltan de forma inesperada, dejando atrás el feliz reposo de su añoso cuerpo y víctima del lento desentumecimiento de las piernas, se dirige, acompasando su cansino avance con el torpe roce de las botas en el áspero suelo, hacia la torre mudéjar, que altivamente domina el entorno. Transita con la vista fija en un camino del que conoce cada piedra, cada una de sus mínimas irregularidades. A veces cierra los ojos para concentrarse en los sonidos y silencios que rodean su marcha. Camina despacio, midiendo sus pasos, como ausente, hasta la mole de ladrillo, dorada cuando el sol la baña, situada sobre el montículo que en otros tiempos fuera cementerio. Es el encargado de anunciar el luctuoso acontecimiento, el mensajero de la tribu que tendrá que dar la mala noticia de la pérdida de uno de los miembros de la comunidad. Sube por las empinadas escaleras hasta llegar al campanario y, aferrado a las sogas de las campanas, como quien toma las riendas de un destino en su último ocaso, un destino que de ningún modo le es ajeno, da comienzo al triste lamento de los tañidos.

Desde el campanario, frío y un tanto tenebroso, en ocasiones refugio de su propia soledad, el pueblo parece borroso y difuminado ante sus ojos, como velado por las indefinidas lágrimas de dolor e impotencia que dominan el ambiente. El toque de campana será el anuncio de un viaje, de un perecedero trayecto que hoy llega a su fin. Un sonido que recuerda el momento más justiciero y equitativo de la existencia, que no admite sobornos ni regala privilegios, y que pasa a todos por el mismo tamiz.

La Torre de San Miguel, bajo un cielo gris de tormenta, despliega sus sonoras alas y deja escapar su lamento broncíneo guiada por la certera mano del campanero. No habrá de seguro en esos momentos voz más triste que la voz de esas campanas ni director más sensible a sus quejidos que el campanero, privado de solfeo y partitura, pero dueño de un método rudo y práctico para imprimirles los sentimientos que requiere la ocasión, fundiéndose ambos – instrumento y persona – en perfecto binomio creador.

Las campanas son voceadores aletargados a la espera de poder expresar sus sensaciones y echar a volar animosamente sus durmientes ángeles de bronce, ora tristes y ensoñadores, ora díscolos y jubilosos, como piedras arrojadas a un estanque de imaginarias aguas para que expanda sus ondas vibrantes más allá de los límites urbanos y cerca de las lindes que demarcan lo más puro y auténtico de lo que convencionalmente llamamos alma.

Diríase que las campanas son la prolongación metálica del grito, cuando no de la oración y el clamor, de todo un pueblo, de toda una comunidad y que el campanero es el inspirador y guía de dicha plegaria o requerimiento. Emisoras – y emisarias – que envían su mensaje en envoltorio sonoro, heraldo y divulgadoras desde muchos siglos atrás de las llamadas y convocatorias de la iglesia a los fieles y creyentes. Así definía en el siglo XVIII el valenciano Bartolomé Cases el empleo de este instrumento como medio de comunicación al servicio de la jerarquía eclesiástica: *“...válese la iglesia de ellas, por no haber hallado más acomodados instrumentos para llamar al pueblo a lo sagrado, pues no pidiendo el tocarlas mucho arte o industria, es su rimbombo y sonido el que más se esparce y dilata, venciendo los avisos de su lengua los estorbos de la distancia”*.

Campanas y hombres han sido en cierto modo algo inseparable, indisoluble. Y siguen siéndolo aun hoy en día, pero no cabe duda de que la relación fue mayor en época de nuestros ancestros, padres y abuelos que, se puede llegar a asegurar, sin las campanas no habrían hecho posible el desarrollo de la vida en común de nuestros pueblos.

Acerquémonos, pues, con la imaginación, silenciosamente, a ellas y tengamos presente que bajo su amparo, al abrigo de sus resonantes alas, se criaron nuestros antepasados. Observemos con profunda atención las campanas de cualquier pueblo o aldea y pensemos en los secretos que guardarán en su memoria metálica ¡A cuántos habrán anunciado su llegada al mundo y a cuántos habrán despedido de él! ¡Cuántas alegrías desbordadas y cuántas aspiraciones truncadas lleva-

rán inscritas en su invisible agenda! Ahí están, en lo alto del campanario, campanas, esquilonos o címbalos de todos los tamaños. Fundidos para proclamar al viento las penas, inquietudes y regocijos, adiestrados por la mano certera del hombre...

En la mayoría de los pueblos era el sacristán quien realizaba las veces de campanero, y cuando el sacristán no tenía ya edad ni sus brazos suficiente vigor para tocar las campanas, el ayuntamiento contrataba a un campanero para que llevara a cabo esa labor. Y así, tal como se mencionó, la vida de nuestros mayores, en sus alegrías, penas y desvelos, transcurría acompañada del tañir de las campanas. En muchas poblaciones éstas servían para regular la vida de la colectividad y sus toques disponían de manera perfecta la división de la jornada: el toque de Ave María, primer toque del día, que se hacía a la aurora; el toque del Ángelus o Mediodía, en el cenit la jornada, el toque de Oración, que podía oírse después

